

## **La literatura como vehículo de aprendizaje y reflexión con alumnos sordos**

Mercedes Obregón

Cuando trato de evocar mi infancia, en particular, cuando quiero recordar a mi padre, la primera imagen que viene a mi mente y la que con más fuerza insiste en repetirse, es aquella en donde, junto a mis hermanos, tumbados alrededor de su cama, mi padre nos narraba historias por la noche. Historias de amor, historias de guerra, historias de su niñez, historias en forma de canciones, como aquella de la pobre Rosita Alvarez que por desairar a Hipólito en un baile, *acabo dándole cuenta al creador*. O la de Pancho, Pancho López, *chiquito pero matón*.

Paradójica e increíblemente triste, es que no recuerde nunca, a ningún maestro contándome o leyéndome una historia, y sin embargo asombroso, que esa experiencia, a los pies de la cama de mi padre, me hiciera vincularme para siempre con los libros. Bien dice Hebrard (Lerner) *“La lectura es un arte de hacer que se hereda más de lo que se aprende...como se heredan los patrimonios familiares”*.

Michelle Petit dice con acierto, que ciertos encuentros con un libro, con una persona que nos transmitió un sentido para leer, nos inician como lectores, o nos hacen lectores de por vida. Para muchos lectores, el contacto con algún libro o con alguna persona que amaba los libros, yo agregaría, las historias, o un libro o una historia en particular, fue algo que nos marcó para siempre.

El modo en que padres y maestros leen cuentos a los niños, desde los pequeños, hasta los mayores, los comentarios que hacen sobre los mismos, la manera en que hablan sobre las ilustraciones, el texto, las exclamaciones, las predicciones, todo ello, muestra un modo muy eficaz de establecer relaciones con los libros, de hablar sobre nuestros sentimientos, de interrogar nuestra realidad desde la del propio libro. La lectura compartida y la discusión de las historias,

brinda a los niños la oportunidad de ser escuchados, de sentir sus opiniones valoradas, de intercambiar ideas, y de hacer reflexiones importantes. Los niños en este tipo de situaciones, aprenden de manera efectiva, porque la actividad les resulta significativa (Arizpe y Styles, 2002).

Los textos leídos a lo largo de la infancia suponen el acceso a la experiencia humana, ayudándonos como niños o adultos a entender mejor el mundo.

Para crear situaciones en la que los niños puedan frecuentar y descubrir el maravilloso mundo de los libros, es que se crean los talleres de lectura en la escuela. El taller de lectura es, sencillamente, el espacio y el tiempo que abrimos en nuestro salón de clase para intercambiar de manera natural y cómoda, nuestras ideas y opiniones sobre los libros, sobre las historias de vida que estos encierran. Mediante la conversación y el diálogo, los lectores tienen la oportunidad de explorar sus ideas y a la vez, de enriquecerse con el punto de vista de los otros, al escuchar sus opiniones e interpretaciones y, sobre todo, aprender a respetarlas. Como dice Atwell (1998), “el Taller de Lectura se convierten en una invitación a crecer y a comprender el mundo”.

A través de la literatura en sus diversas formas, podemos comprender los puntos de vista, las formas de vivir de otros en las infinitas posibilidades que ofrece la vida y es, precisamente esta experiencia humana que muestra la literatura, lo que se vuelve fundamental para la mayoría de los lectores (Rosenblatt, 2002). El lector trata de conocer el mundo a través de la lectura, para hacer el propio más comprensible.

La literatura abarca actitudes morales, valores sociales, que el maestro puede sacar a la luz para discutirlos detenida y cuidadosamente con sus alumnos lo cual, se vuelve un punto central en nuestros talleres. La literatura, como lo dice Calkins (2001) **nos permite escapar de nuestras propias fronteras, cruzar fronteras de tiempo y espacio, nos ayuda a vivir en otros mundos y dentro**

**de otras personas** (*“a vivir otros mundos, a vestir otros trajes, de todos los hombres que nunca seré...”*, como canta Sabina).

A los maestros nos corresponde hacer que nuestros alumnos se sientan más capaces al acercarse a los textos escritos, sobre todo en el caso de nuestros alumnos sordos, a quienes como es bien sabido, la lectura supone una tarea muy difícil, y por lo tanto, los textos les parecen siempre inaccesibles.

El mediador, el maestro de lectura, el bibliotecario, necesitan generar encuentros para proponer, intercambiar, multiplicar opciones, oportunidades, experiencias, y compartir vinculaciones que hacemos de las historias con nuestra propia vida: “hacerles sentir su diversidad, sugerirles la idea de que, en todos esos textos escritos- de hoy o de ayer, de aquí o de allá-, **habrá algunos que les digan algo a ellos en particular**” (Petit, 1999).

La capacidad de imaginar, no es algo con lo que se nace, es algo que se elabora, se nutre, crece, se enriquece y es, por ésta razón, que debemos propiciar situaciones que lleven a nuestros alumnos desde pequeños, a visualizar otros mundos, a entrar en bosques llenos de peligros, a atravesar desiertos, a ser testigos de una guerra, a cruzar océanos en un barco, a ampliar sus horizontes.

Aunque la lectura se ve influenciada fuertemente por la familia (Petit (2002) menciona que en Francia existe el doble de grandes lectores entre los niños a quienes su madre les leía por las noches y aquellos que no gozaron de este privilegio), los niños y jóvenes también se ven influenciados por un ambiente que invite o desaliente el acercamiento a los libros, aquel ambiente que Carlos Sánchez ha definido como “el entorno lector”.

Actualmente, en el ajetreado mundo en que vivimos, el hábito de leer a los hijos cada noche, aquel de contarles historias, se va haciendo cada vez menos frecuente. Los relatos orales que antes suplían esta experiencia, han casi desaparecido. La televisión, transmitiendo una programación de ínfima calidad, y

Llegando a casi todos los rincones y hogares, por más pobres que parezcan, ha invadido el espacio y el tiempo que antes daban cabida a los relatos.

Cuando los padres no son lectores o no impulsan a los niños a leer, **la escuela tiene el deber de llenar este vacío** ó al menos, de intentarlo. Como nos dice también Petit: “si bien la lectura es con frecuencia una cuestión de familias, es también una cuestión de encuentros...cuando los padres no eran lectores o no impulsaban a sus hijos a leer, otras personas cumplieron ese papel de “iniciadores” al libro” (Petit,1999). Y esos espacios, esos encuentros, los debemos crear en la escuela.

En un taller de lectura, se forman grupos de discusión, para hablar sobre un libro determinado, sobre algo que los alumnos han escogido leer, sobre una historia que el maestro comparte leyendo en voz alta o signando para ellos.

En el caso de nuestros alumnos sordos, el taller de lectura se realiza narrando el cuento en Lengua de Señas (para los alumnos pequeños) o bien, leyendo el texto directa y textualmente con la presencia de un intérprete en el aula (con alumnos de 3er grado en adelante con quienes leemos textos más complejos que requieren de una lectura e interpretación puntual del texto).

Cuando terminamos de leer una parte del texto, o haciendo constantemente intervalos en la lectura, discutimos y compartimos lo que el texto nos hace pensar. El maestro, guía las discusiones pero, poco a poco, va dejando que sean los alumnos los que lleven las conversaciones alrededor de los libros, hasta actuar únicamente como un facilitador o mejor aún, como un miembro más dentro de la discusión.

El taller ofrece un ambiente relajado y agradable, un tiempo para compartir ideas lo cual promueve que la actividad sea placentera y lleve a los participantes a experimentar la lectura como algo disfrutable. En este sentido, el taller de lectura

no difiere de los “clubs de lectores” o “clubs de libros” que se forman de manera espontánea entre personas a quienes interesa hablar sobre lo que leen (Daniels, 1994). El taller resulta la recreación de la manera en que algunos adultos intercambiamos de manera natural y cómoda nuestras ideas y opiniones sobre los libros mientras tomamos un café.

Estas discusiones, estos diálogos son vehículos para conducirles hacia un pensamiento más racional, más crítico, hacia el logro de un mejor conocimiento de ellos mismos y de la sociedad. Hablando sobre las historias, conocemos también mucho más a nuestros alumnos y sus propias realidades, cuando ellos hacen vinculaciones con sus propias vidas, sus propios problemas.

Los cuentos, las historias, son parte de la esencia humana, tan antiguos como la humanidad, ¿por qué entonces, algo tan esencial, tan humano, como contar historias a los niños, está desapareciendo en nuestra sociedad? ¿No deberíamos ser nosotros, los maestros, quienes no permitamos que esta pérdida catastrófica nos alcance? ¿No somos en parte responsables de estar preocupados por llenar a los niños de contenidos que aprenden mal y que recuerdan por poco tiempo? ¿No somos nosotros responsables de estar olvidando las grandes historias y perdiendo la oportunidad de reflexionar con ellos sobre cosas realmente relevantes?, ¿No está dejando la escuela a un lado lo esencial por las prisas, la competencia, el apretado horario de trabajo? ¿No estamos con esto deshumanizando la escuela?; ¿cada cuánto contamos un cuento a nuestros alumnos?, ¿cuánto tiempo ocupamos en discutir historias con las que estamos realmente discutiendo sobre la vida misma?, ¿qué aprenden los niños cuando se les leen o se lee con ellos cuentos e historias?

Era una hermosa costumbre del pasado el que a los niños, sus cuidadoras, madres o abuelas, les contaran oralmente un sin fin de historias que iban cambiando con el tiempo, adaptándose a los lugares en los que eran contadas, a su flora, a su fauna, a sus costumbres. A través de los cuentos, se hablaba con los

niños acerca de los valores fundamentales del ser humano, de la bondad y la maldad, de la justicia y la injusticia. Vieja costumbre, tradición que entretenía por horas a los niños de una época, que llenaba sus tardes con diálogos y discusiones sobre la vida y que ha sido tristemente olvidada, puesta a un lado, porque parece haberse olvidado la riqueza que generaba.

Además de sus incuestionables fines para el aprendizaje de la lectura, comprobados en el caso de los niños oyentes, el acercamiento a la literatura, es una herramienta de riqueza inmensurable para ampliar nuestro conocimiento sobre el mundo, seamos sordos u oyentes.

Cuando un maestro lee a sus alumnos y con sus alumnos, literatura de calidad, cuando comenta con ellos estas historias, cuando provoca el diálogo sobre los problemas que las historias exponen, cuando cuestiona a sus alumnos sobre la actitud de tal o cual personaje, ese maestro ha encontrado un medio para lograr que esos niños, esos jóvenes, enriquezcan su cultura, amplíen su criterio, cuestionen su conducta, conozcan lugares lejanos y tiempos remotos y además, establezcan relaciones perdurables con los libros.

En un taller de lectura con nuestros alumnos sordos, leímos con los niños La Maleta de Hanna, una historia verdadera que devela la vida de una niña judía en la 2ª guerra mundial. Por azahares del destino, tuvimos la oportunidad de que los niños conocieran al hermano de Hanna, el personaje central de la misma, y que los alumnos de la escuela en la que lo visitamos, le regalaran a cada uno de nuestros alumnos un ejemplar del libro que juntos habíamos leído. Para Jessica, una de nuestras alumnas de 6º año, ése libro se hizo inseparable; siempre lo llevaba en la mochila. Tal vez era el primer libro que tenía de ella, para ella (pues nuestros alumnos provienen de familias de muy escasos recursos en las cuales los libros no están al alcance de la mano) o fue la historia lo que lo hizo tan significativo, o ambas cosas a la vez. A Jessica ése libro le mostró, que dentro de

los libros hay historias que vale la pena conocer, que hay libros que tienen que decirnos.

El taller de lectura es el espacio que podemos crear los maestros para compartir con los niños de hoy, fantásticas historias que les hablen de la vida, hermosas historias que los hagan pensar, reflexionar, cuestionar y cuestionarse, tomar posturas en las diversas situaciones que en ésta se presentan. Además de la lectura y la discusión de los libros, el maestro puede diseñar diversas actividades de extensión ligadas a la historia para llevar a los niños a una mayor reflexión, comprensión y conexión de lo leído. De acuerdo a los mismos libros y en base a su creatividad, las actividades de extensión pueden ser de toda índole, sin embargo, el objetivo central de estas, es ampliar el análisis del propio texto.

**En el caso de los sordos**, el gozo que despierta el relato de una buena historia no es diferente que para los oyentes y además, resulta doblemente importante. El lenguaje, la información, el conocimiento que podemos transmitir a través de las historias, es enorme. Por esta razón, el taller de lectura se convierte en un espacio doblemente valioso. La voz, o bien, las manos del maestro, se convierten en un puente para los niños, un puente que los lleva a territorios nunca explorados.

“Ser capaz de leer significa que puedes seguir las palabras por una página, obteniendo en general lo que se dice ahí de manera superficial. Ser letrado significa que puedes aportar tu propia experiencia y tu conocimiento a lo que pasa ante ti” (Wayne O’Neil citado en: Arizpe, 1999 p. 17). En el caso de nuestros alumnos sordos, aunque los textos que leemos en el taller no sean accesibles aún a su nivel de lectura, lo son a su nivel de comprensión. Al leerles estos textos, les estamos dando la posibilidad de “ser letrados”, de aportar sus propias experiencias, de hacer vinculaciones con sus propias vidas, de conocer el mundo a través de las historias.

Para ello, es necesario enseñarles a “leer” entre líneas, a reflexionar, a involucrarse con las historias, y éste es, justamente, el punto crítico cuando

trabajamos con nuestros alumnos sordos. Desprenderlos de las imágenes concretas, que de manera asombrosa, crean a través de la narración. Desligarse de repetir, eso sí, con fidelidad, lo que se les acaba de narrar. Empujarles a profundizar, a ver, a espiar, detrás de esas imágenes creadas en sus mentes, a dejar de ver el escenario para mirar lo que ocurre tras bambalinas. Enseñarles a observar el fondo, el trasfondo de las mismas.

Hace un año, Carlos Sánchez me invitó a probar con mis alumnos del taller de lectura, la lectura y discusión de algunos **cuentos clásicos**. Confieso que en un principio, dude si esas historias engancharían a los alumnos como lo habían logrado otras, que yo hubiera definido entonces como “más actuales”. Debo aceptar, que desde la narración del primer cuento, los niños quedaron boquiabiertos y yo también, al descubrir todo lo que podíamos discutir a través de esas “viejas historias”.

En el Gato con Botas, los niños descubrieron la sagacidad del gato, pero también, que un personaje que a primera instancia podría parecer un héroe, inteligente y simpático, era un ser de desmedida ambición, ante la cual, no ponía límites, llegando hasta matar para cumplir sus fines.

La gran pregunta que surgió al leer Pulgarcito, fue el por qué la esposa del Ogro, a sabiendas de que éste era un ser malvado, devorador de niños, seguía viviendo con él, y como nos volvemos cómplices si no denunciarnos.

Barba Azul fue la historia predilecta. Nos llevó a hablar sobre los matrimonios por interés, la fuerza o influjo que ejerce el dinero sobre las personas, de cuánto peso damos al aspecto físico de las mismas. Aprovechamos para hacerles entender metáforas como el pasado, representado en las gotas de sangre que no podían borrarse de las llaves de Barba Azul, a lo que un alumno dijo: “el pasado es como una marca, no se puede borrar”.



Eduardo, un alumno de sexto grado, dijo que Barba Azul tenía el corazón duro, “como una piedra”, explicó, y aunque él mismo hizo la metáfora, después le fue difícil explicarla.

Llegaron a cuestionarse y conflictuarse, ante el hecho de pensar, que las mujeres que Barba Azul mataba eran en gran parte culpables de que éste se hubiera convertido en el asesino que era, porque lo habían despreciado, lo habían repudiado por su apariencia pero a la vez, se habían dejado seducir por su dinero.

Después de esta experiencia realizamos el mismo taller con las maestras sordas y oyentes de la escuela. Las dificultades que se observan en los niños, fueron las mismas que se observaron en algunas de las maestras sordas, quienes tendían a responder algo que no se les había preguntado, o volvían a narrar la historia en lugar de hacer la deducción o reflexión pedida, mostrando dificultad para poder “leer entre líneas”, y finalmente, se asombraban y gozaban, al igual que lo habían hecho los niños, al descubrir “lo que la historia NO decía”, las deducciones, inferencias, que con ayuda de las preguntas, la discusión y los comentarios de las participantes se iban haciendo.

Sordas y oyentes, disfrutaron enormemente todas las intervenciones y las discusiones que se suscitaron alrededor del pobre BARBA AZUL. Hasta el intérprete estuvo feliz, con decir que al final, dijo que en vez de cobrar, debería pagarnos ¡pues le había encantado estar en el taller! y eso que el pobre era el único hombre entre las fieras mujeres que culpaban a Barba Azul de planear todo para hacer caer a su víctima en la horrible tentación de traicionarle.

**¿Cuál es entonces la verdadera contribución de la literatura?, ¿qué está en juego al impedir o dar acceso a nuestros alumnos sordos a la misma?**

La literatura puede ser un vehículo para conducirles a un pensamiento más racional, más crítico, hacia el logro de un mejor conocimiento de ellos mismos y de la sociedad. La literatura de calidad nos da la posibilidad de transmitir

información, divertir, provocar placer, desarrollar agudeza crítica, sensibilidad, curiosidad, ilusión y sabiduría. Contar historias es un arte para transmitir cultura.

Sánchez dice, “un buen lector se forma desde su más temprana infancia, y es condición necesaria y suficiente que esté inmerso, que forme parte, que interactúe en un ambiente familiar que cuenta con la presencia de adultos lectores, que disponen de textos apropiados al alcance de los niños y en el que se realizan actividades significativas de lectura y escritura, significativas para los niños, se entiende. Este ambiente es lo que hemos denominado “entorno lector”. En ese ambiente no hace falta ninguna didáctica de la lengua escrita, ningún método en particular ni ningún maestro especializado. (Sánchez, p.4 y 5).

Sin embargo, quiero poner una duda sobre la mesa, igual que las que nos dejan los cuentos cuando los leemos a fondo, arruinando el FINAL FELIZ que hubiéramos deseado, que habíamos imaginado: **¿es suficiente propiciar este entorno lector para que una persona sorda PUEDA llegar a descifrar con maestría ése código escrito completamente ajeno a su lengua?**

Personalmente, no lo creo. Ayudará, sin duda. Le dará un valor a los libros, a la lengua escrita, que de otra forma el niño sordo jamás conocería. Sin embargo, la tarea de leer, de decodificar por sí mismo esa lengua extraña, seguirá siendo para él una tarea sumamente compleja y el logro de su dominio, únicamente resultado del TEZÓN inagotable de unos cuantos. No quiero sonar negativa, sino ser realista.

Y sin embargo, el final no es tampoco tan amargo, porque de lo que no tengo duda es de lo que sí se logra teniendo estos encuentros con los libros, con las historias, estos espacios de discusión y ésos momentos de reflexión con ellos: **abrirles la puerta a un pensamiento crítico y a un inmenso mundo.**

Hoy, la tarea es nuestra, es de los maestros que creemos que leer a los niños y con los niños, no se trata únicamente de “enseñar a leer”, sino de ofrecerles el

mayor tesoro que podemos darles. Maestros que confiamos en que en el apretado programa escolar, lo más importante, lo fundamental, se está dejando a un lado. Maestros que deseamos cambiar esos programas y **volver a tener a niños fascinados por aprender** todo lo que se aprende, mientras leemos y discutimos con ellos una buena historia.

Mercedes Obregón Rodríguez

México (\*)

### **Bibliografía**

Arizpe, Evelyn. **Más o menos letrados: adolescentes y comunidades lectoras en la escuela secundaria en México.** Lectura y Vida. Argentina, 2000.

Arizpe Evelyn y Styles, Morag. (2002) **¿Cómo se lee una imagen? El desarrollo de la capacidad visual y la lectura mediante libros ilustrados.** Lectura y Vida, Año 23. Septiembre 2002.

Atwell, Nancy. **In the Middle. New Understandings About Writing, Reading, and Learning.** Heinemann. NH, 1998.

Calkins, Mc Cormick Lucy. (2001). **The Art of Teaching Reading.** Longman.

Daniels, Harvey. Literature Circles. **Voice and Choice in the Student-Centered Classroom.** Stenhouse Publishers. York, Maine, 1994.

Lerner, Delia - Petit, Michele. **Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura.** Fondo de Cultura Económica. México, 1999.

Petit, Michele. **Pero ¿y qué buscan nuestros niños en sus libros?.** Conaculta: Lecturas sobre lecturas. México. 2002.

Sánchez, Carlos. **¿Qué leen los sordos cuando leen?, 2007.** <http://www.cultura-sorda.eu>

Rosenblatt, Louise, M. (2002). **La Literatura como exploración.** Fondo de Cultura Económica. México, 2002.

(\*) Ponencia presentada en el II Congreso iberoamericano de educación bilingüe para sordos. Asunción, Paraguay. 24/28 de Abril de 2012.